

LA SALA DEL OCEÁNO

Ángela Blenda



EIRENE EDITORIAL

© La sala del océano: Ángela Blenda (María Consuelo Altable)
Cedido en 2011 para uso no comercial a Eirene Editorial «El club Eirene»

ÍNDICE

LA SALA DEL OCEÁNO

Capítulo I	4
Capítulo II	9
CAPÍTULO III	11

CAPÍTULO I

El cielo estaba despejado de nubes y el sol calentaba a la mujer y a la niña que paseaban por la playa.

Las dos vestían de blanco y se dirigían sin prisas hacia la orilla.

—Mamá, ¿cuándo va a bajar la marea?

—Pronto, cariño.

Se acercaron a las barcas que arrumbadas unas junto a otras componían una triste imagen de abandono.

—Mamá, cuéntame otra vez la historia de la princesa.

—¿Otra vez? Bueno. Ven, siéntate aquí. —Se apoyaron en una barca que con su quilla al sol, les ofrecía respaldo. La niña se dejó acunar en los brazos de su madre.

—Cuenta la leyenda —empezó a relatar la mujer —que había una princesa prisionera en la isla.

—¿En esa isla? —preguntó la pequeña.

—Sí, allí.

La isla que cerraba la bahía protegía la playa y al pueblo de un océano, a veces, tan enfurecido que parecía querer tragársela. Detrás de ella comenzaba lo desconocido. Un mundo lejano, a veces, hostil. Gracias a esta protección natural, las aguas eran transparentes y reflejaban el cielo con un generoso color azul. Su agradable temperatura invitaba al baño en contraste con las aguas más frías del mar abierto.

—La princesa —continuó la mujer mientras acariciaba la cabellera de su hija —había sido embrujada por la isla que le había robado el corazón. Sin embargo, era tal la belleza de la joven, que su fama se había extendido por todo el país. Príncipes y caballeros venían a rescatarla, cargados con preciosos y ricos regalos, suponiendo que con sus riquezas conquistarían a la noble dama.

Pero uno tras otro, cuando intentaban liberarla, eran arrebatados por las olas del océano. Los pretendientes no conseguían con sus obsequios enamorar a la bella cautiva y romper así el hechizo.

Un muchacho de la aldea, confiando en su intuición, creyó que él podía rescatar a la princesa, y un día esperó que bajara la marea para dirigirse decidido a la isla.

No ofreció ningún vestido de otro, ninguna maravillosa joya a la mujer encantada. Le pidió un beso. La muchacha sorprendida porque en tantos años de cautiverio nadie la había acariciado ni besado, le dejó hacer. El joven la besó y al hacerlo, a través de sus labios le entregó la mitad de su corazón. Cuando el pedacito de corazón llegó a su pecho, ella sintió que el amor le devolvía la alegría y la esperanza, y confiada dio la mano a su libertador,

La marea había comenzado a subir de nuevo y los árboles temblaban de furor al ver que su prisionera escapaba. Llamaron en su ayuda al viento para que agitase las olas del mar e hiciese imposible la huída. El cielo se tiñó de negro y las aguas reflejaron su oscuridad. Aunque el chico animaba a la fugitiva a no tener miedo y la sujetaba con fuerza, ella empezó a perder pie. El mar casi la cubría, la noche la rodeó y gritó desesperada. Soltándose de la mano de su compañero, atenzada por el pánico se sumergió mientras él, luchando con las olas intentaba recuperarla. La luna les miraba incrédula y las estrellas titilaban de terror. En un último esfuerzo, el aldeano gritó — ¡Su vida por la mía!

Y el océano satisfecho con su nueva presa, con un estridente rugido le engulló en un enorme remolino de agua y espuma. La isla se estremeció, satisfecha de poder recuperar a su rehén, pero la joven estaba demasiado lejos y las aguas la habían cubierto irremediamente. Al día siguiente, los habitantes del pueblo comprobaron entristecidos que los jóvenes no habían logrado salvarse pero descubrieron a mitad de distancia entre las dos playas un peñasco con forma de medio corazón. Dentro está dormida la princesa esperando que el amor vuelva a despertarla.

La mujer calló y la niña impaciente, preguntó — Mamá ¿es verdad que si abrazamos la roca y le damos mucho cariño liberaremos a la princesa?

—Claro, cielo. Vamos.

La madre y su hija se incorporaron y caminaron decididas. La marea había bajado y en la lengua de tierra que unía la playa con

la isla, una roca había emergido. Cuando llegaron a su lado, con risas y palabras amorosas jugaron a abrazarla.

Desde la orilla, unos hombres observaban a las dos blancas figuras rodeando la piedra. Sus semblantes estaban serios y preocupados. El hombre que les dirigía no ocultaba cierta impaciencia en su mirada mientras las veía acercarse.

Cuando se reunieron, se borró la expresión de alegría de la cara de la madre y su rostro reflejó una profunda tristeza. Él le habló.

—Satwant, tenemos que llevarnos a los últimos evacuados, los que puedan caminar y sobrevivir en el refugio ¿queda alguien en el hospital?

—Sí —contestó ella mientras pedía a la niña que corriera delante. —Hay algunas mujeres con niños muy pequeños y además anoche nacieron dos bebés. Si ayudáis a las madres, podrán llegar a la cueva. Os acompañarán mis enfermeras y mi ayudante, con alimentos, medicinas y algún material quirúrgico que podéis necesitar.

Sin apenas respirar, continuó —Onem, quiero que te lleves a mi hija.

—Claro —dijo el hombre —Nos iremos los tres. Satwant, te necesitamos en el refugio. Tus conocimientos nos ayudarán a sobrevivir —suspiró y le agarró por el brazo— No insistas en quedarte.

—Me quedo —repuso la mujer bajando la cabeza —Me quedo. Es mi deber y mi destino. Saber que mi pequeña está a salvo me dará las fuerzas que me faltan.

Habían llegado a la puerta del hospital. Las enfermeras y los hombres que habían venido a buscarlas preparaban la caravana que huiría a la montaña.

Onem no quería mirarla. La hubiera agarrado por la fuerza y arrastrado con él, pero sabía que cuando la mujer tomó la decisión de quedarse con los ancianos y con los enfermos que no sobrevivirían al traslado, nada que él hubiera dicho le habría hecho cambiar de opinión.

La madre abrazó a su hijita —Cariño, te vas con Onem de excursión a la montaña.

—¿Y tú, mamá?

—Yo iré más tarde, cielo.

Onem tomó de la mano a la pequeña y con voz firme se despidió.

—Hasta pronto.

Satwant se quedó en la puerta del hospital mirando cómo los últimos evacuados desaparecían de su vista. En unas horas estarían seguros en el refugio de la montaña.

«Dentro de unas horas...» respiró profundamente y entró en el edificio.

Durante generaciones el egoísmo de los hombres asoló la tierra. El planeta se había rebelado contra tanta agresión y el mar se alzó vengativo arrasándolo todo. Sólo unos pocos se salvarían.

—¡Dios mío, protégeles! —rezó Satwant —¡Dios mío, protege a mi hija!

Se dirigió a la enfermería y con lentitud llenó unas jarras con agua y cogió unos vasos. Con un cuentagotas puso un ligero narcótico en la bebida. Lo colocó todo en un carrito y se dirigió a las habitaciones. Dormirían tranquilos esperando la muerte.

El silencio más absoluto reinaba en el edificio y la mujer volvió a su despacho, levantó la persiana y miró hacia el mar. Los árboles de la isla se agitaban y el cielo parecía a punto de estallar. La marea estaba alta y no se veía a la princesa dormida. Los temblores de tierra eran cada vez más frecuentes y de mayor intensidad.

Se preguntó por qué no había huido «por qué» Tenía una hija pequeña y sus conocimientos eran valiosos «Onem...» suspiró pensando en el hombre que se había alejado.

Se sentó en el suelo y no supo cuanto tiempo estuvo meditando cuando unos golpes en el portal la sobresaltaron. Pensó horrorizada que la niña se había escapado a buscarla. Con el corazón acelerado corrió a la puerta. Al abrirla encontró a un Onem agotado pero decidido.

—¿Qué ha pasado? ¿No habéis podido llegar? ¿Mi hija...?

—Tranquila... —respondió el recién llegado —Está bien, todos están a salvo. He vuelto por ti.

—Pero... ya sabes que yo me quedo —susurró ella.

—Y yo contigo, yo me quedo contigo.

Satwant miró hacia el mar, y no pudo protestar porque en ese

momento, el cielo se partió en dos, mientras una ola gigante levantaba la isla por los aires. Otra ola aún mayor avanzaba hacia ellos. El suelo tembló bajo sus pies. La mujer se refugió en el cuerpo de su amante. Los brazos de él la apretaron con fuerza.

En las cuevas de la montaña, los refugiados sintieron angustiados los golpes del mar contra la tierra.

El miedo de los supervivientes a ser tragados por el océano los mantiene recluidos año tras año. No quieren salir del corazón de la montaña, prefieren vivir aislados en su interior.

CAPÍTULO II

Hoy la anciana se ha despertado sobresaltada, el corazón le palpita desordenadamente en el pecho y un sudor frío empapa su cuerpo «me muero» piensa «no me queda mucho tiempo y tengo que hacer algo, es preciso que haga algo».

Cuando ella falte, ya no quedará ningún superviviente de la Gran Ola y cerrarán la Sala del Océano, la sala de los recuerdos, para siempre.

Se han empeñado en erradicar las ideas de los jóvenes que piensan que ha llegado el momento de salir, de volver a la orilla del mar.

A pesar de que no ha querido quejarse, su hija le ha oído moverse en la cama y se acerca a preguntarle cómo se encuentra.

—Quiero ver el mar antes de morir —responde.

La hija se exaspera y le intenta convencer de que se encuentra muy débil para ser trasladada a la Sala del Océano. Sin embargo, ella insiste.

—Quiero ver el mar ¡quiero salir!

La hija, terriblemente irritada, se aleja de la cama. El tiempo transcurre lentamente y la anciana desea olvidar el sueño que noche tras noche la despierta sobresaltada.

Han pasado unas horas y la puerta de la habitación se abre. Unos adolescentes entran en el cuarto.

—¿Cómo está la abuela? -pregunta la muchacha dando un beso a su madre.

—Delira, —contesta mordiéndose los labios.

La abuela protesta —estoy bien, pequeña Kaur, solo quiero ver el mar antes de morir.

—Abuelita no vas a morir —le dice la joven abrazando el cuerpo de la moribunda. A su lado el chico permanece silencioso.

—¿No podemos llevarla a la Sala del Océano?

—No. Está muy débil.

La anciana se incorpora en la cama y se dirige a los adolescentes.

—Es el momento de volver, hay que salir, regresar a la orilla.

El silencio se corta en la habitación. La hija decide marcharse. No quiere seguir oyendo barbaridades, ideas peligrosas y absurdas que cada día proliferan más. Cuando su madre muera, se olvidarán de ellas y vivirán en paz. Le pide a la joven Satwant que haga compañía a su abuela.

Cuando se quedan solos, la muchacha hace adelantarse a su acompañante.

—Abuela, es Onem, conoce un camino para salir.

La mujer intenta enfocar su vista en el muchacho.

—Onem, suspira —como te pareces al Onem que me traje aquí, después volvió a buscar a mi madre —apenas susurra, emocionada por el recuerdo.

—El marino Onem era el hermano de mi bisabuela —contesta el chico —él explicó a mi abuelo, donde estaba la salida. —Hace una pequeña pausa y concluye —Mi abuelo me la enseñó a mí antes de morir.

—Sí, abuelita —interrumpe la chica con decisión —Vamos a ir contigo a ver el mar.

CAPÍTULO III

Tres sombras caminan lentamente por los pasillos de la cueva. Nadie se ha dado cuenta de su huida y los fugitivos consiguen llegar al punto más alejado del refugio. Onem deshace el nudo de un cabo que parece estar atado allí desde hace muchísimos años y unas ramas secas comienzan a moverse. Se hace un hueco en la pared que permite que los tres cuerpos puedan acceder a un angosto túnel que al principio asciende para después comenzar a descender.

Al cabo de una hora de caminata interrumpida a menudo, porque la anciana se ahoga, llegan a una zona en la que la luz natural que entra les hace comprender que ya están fuera de la montaña.

Tosen y sienten una especie de opresión en el pecho. Respirar el aire libre se les hace un poco difícil acostumbrados al ambiente viciado del interior.

Caminan hasta la playa y los jóvenes emocionados descubren que el mar es mucho más hermoso que la recreación virtual de la Sala del Océano. Ríen entusiasmados con el sonido del oleaje y los estridentes gritos de las gaviotas. El sol refleja el color verde intenso de los árboles que en vírgenes imágenes se muestran por primera vez ante ellos. La arena de la playa es tan blanca que mirarla les ciega.

Cuando llegan a la orilla, la anciana les señala la isla, al fondo de la bahía.

—Mirad, ya está bajando la marea. Corred a abrazar a la princesa dormida, hacedlo por mí y por mi madre.

Satwant tira de la mano de Onem y corren hacia la piedra con forma de medio corazón que ha emergido a mitad de camino. No saben las horas que han pasado, el sol se ha ocultado, pero la luna y las estrellas les miran asombradas. Hace tanto tiempo que no veían a nadie abrazando la roca.

Agotados de jugar con el mar, los chicos se dan prisa en volver a la playa. Con el corazón palpitante se tienden junto a la moribunda.

—Abuelita ha sido maravilloso, el mar sabe como las lágrimas de felicidad. Cuéntame otra vez la historia de la Princesa dormida.

La anciana hace un último esfuerzo y con voz trémula recuerda el cuento que tantas veces escuchó de niña.

Cuando acaba sonríe, ha cumplido su misión, su madre y el marino Onem la esperan en un barco de vela para ir a navegar más allá de la isla. Su mano se queda enganchada en el pelo mojado de su nieta. Esta comprende y rompe a llorar.

—¿Qué hacemos ahora? No quiero llevarla a la montaña, la arrojarán a la sima de los muertos.

—No, no la llevaremos a la montaña —la consuela su amigo. Mi abuelo me contó que los antiguos navegantes, cuando sus jefes morían, los entregaban al mar para que su espíritu se reuniera con sus antepasados.

—¿Haremos una barca para ella?

—Si, con esos troncos de árboles que ha arrastrado la marea.

Al amanecer, Onem corta algunas ramas para construir una rudimentaria balsa. Entre los dos colocan el cuerpo de la muerta y lo atan, empujándolo hacia las olas. Satwant abraza a su abuela y su amigo la aparta con cariño.

Es hora de volver a la montaña a contar a todos lo que han visto. El Océano ha perdonado a los hombres su crueldad con el planeta y les da una nueva oportunidad para disfrutar de su belleza.

Caminan despacio, disfrutan del viento en sus caras, del olor a salitre, del murmullo de las olas, sus ojos ya se han acostumbrado a la cegadora luz del sol... las lágrimas de Satwant saben a mar.



Estimad@ lectora o lector, te agradecemos haber elegido nuestra compañía. Deseamos que, en estas páginas, hayas encontrado los dones que te ofrece la Diosa Eirene, paz, amor, alegría, y que ellos te acompañen siempre en tu camino.

www.eireneditorial.com